Globethics Repository



América Latina / Estados Unidos
[Latin America / United States]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Luis F. Ayerbe
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-13 12:59:22
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219473

Nueva Sociedad Nro. 147 Enero-Febrero 1997, pp. 74-87

América Latina / Estados Unidos. Neoconservadurismo y guerra cultural

Luis F. Ayerbe

Luis Fernando Ayerbe: Historiador brasileño, docente en el área de Historia del Departamento de Economía de la Universidad Estadual Paulista - UNESP, San Pablo.

Palabras clave: Guerra Fría, guerra cultural, Tercer Mundo, Occidente, EEUU.

Resumen:
El objetivo de este ensayo es analizar la percepción que hay de América Latina en los recientes abordajes norteamericanos del conflicto internacional, que enfatizan los aspectos estratégicos derivados de la afirmación de la identidad cultural. Para algunos autores, los valores y actitudes relacionados con culturas «avanzadas» o «atrasadas» son el principal factor explicativo de los diferentes niveles de desarrollo, tanto entre países como entre grupos étnicos en el interior de los espacios nacionales. Estos análisis expresan el desconcierto de sectores de la intelectualidad conservadora frente a las paradojas de una realidad que exige nuevos abordajes y soluciones. En la búsqueda de respuestas, la lógica de la Guerra Fría reaparece como Guerra Cultural.

En los Estados Unidos del periodo de la Guerra Fría, el Estado desempeñaba un papel importante como articulador de las solidaridades entre los objetivos relacionados con la seguridad del sistema internacional bajo su liderazgo y la dimensión global de los negocios del capital privado nacional. En ese contexto, el combate al comunismo y la defensa de una economía mundial abierta eran proposiciones que expresaban una perspectiva estratégica nacional de acción. Con la desaparición de la amenaza soviética, la definición del interés nacional adquiere nuevos contornos, adecuándose a los desafíos de naturaleza global. La preocupación por el ocaso relativo de la competitividad internacional de la economía del país, fundamentalmente en relación con Japón y la Unión Europea; la creciente dependencia interna de bienes manufacturados de producción externa, principalmente en el sector de armamentos; el control de la industria militar del llamado Tercer Mundo; los flujos migratorios del Sur hacia el Norte; los conflictos étnicos; el tráfico de drogas y la destrucción del medio ambiente, aunque no se verifiquen como una amenaza sistemática según los moldes de lo que fue el régimen soviético, constituyen factores que contribuyen a que se viva en un estado de alerta permanente.

Del fin de la historia al choque de civilizaciones

En una visión optimista pero al mismo tiempo preocupada por los significados más profundos de los cambios operados con la desaparición de los regímenes del «socialismo real» del Este europeo, Francis Fukuyama caracteriza la nueva situación como el fin de una era en que la democracia liberal derrota al último gran adversario sistémico, afirmándose como el «...punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la forma final del gobierno humano [que] como tal, constituye el fin de la historia» (1992, p. 11). Para Fukuyama, la economía de libre mercado y la democracia liberal, apoyada en los pilares de la libertad individual y de la soberanía popular, caminan juntas, fortaleciéndose mutuamente. Entre los argumentos presentados en favor de esta tesis, se destacan dos: a) la incompatibilidad estructural del totalitarismo con el desarrollo de una economía apoyada en el sector privado; b) la capacidad pacificadora del sistema democrático, tanto en el ámbito interno de la nación –des-radicalizando los conflictos de orden político y social– como en el ámbito internacional, en la medida en que «...un mundo hecho de democracias liberales ... tendría menos incentivos para la guerra, ya que tendría el reconocimiento recíproco de legitimidad entre todas las naciones» (p. 21). Completando estos argumentos, Fukuyama considera que:

1. El desarrollo económico y la competitividad industrial dependen cada vez más de la calificación de la mano de obra, volviendo a la educación universal un elemento indispensable de la productividad del trabajo. La ampliación del acceso educativo contribuye a la formación de la conciencia de la ciudadanía, solapando las bases de apoyo de Estados donde la modernización y la liberalización de la economía no tienen correspondencia con la democratización del sistema político.

2. La globalización en las telecomunicaciones no tiene sólo el efecto de difundir hábitos de consumo, comportamientos y valores predominantes en las sociedades industrializadas de la democracia liberal, sino que también hace accesible la información sobre lo que sucede en el mundo, quebrando el bloqueo de censura en países que viven bajo regímenes autoritarios, alcanzando, precisamente, a la elite de trabajadores instruidos, una nueva clase media cada vez más exigente en lo que se refiere a derechos políticos.

3. Apoyado en el consenso de la legitimidad de las reglas de juego, el sistema político democrático es el más eficiente para administrar los conflictos, dentro del presupuesto de que la pluralidad de intereses, la diversidad de situaciones, más o menos favorables, dolorosamente

críticas o escandalosamente injustas, no implican como condición necesaria de solución el cuestionamiento del sistema.

La combinación entre democracia liberal y economía de libre mercado representa el punto de llegada de la historia universal. La derrota de los grandes enemigos del siglo XX, el nazi-fascismo y el comunismo, no es sólo militar, política y económica; es también una derrota teórica. Cualquier nivel de evolución en términos de calidad de vida y derechos humanos, considerado a partir de cualquier realidad específica, del hemisferio norte o sur, tiene como referencias necesarias: a) el establecimiento o perfeccionamiento de la democracia liberal; b) el fortalecimiento de los mecanismos de mercado en una economía cuyo dinamismo debe reposar en la eficiencia del sector privado.

La generalización del capitalismo democrático y liberal representa también la mayor garantía de paz duradera entre las naciones:

> Los últimos doscientos años nos proporcionan suficiente evidencia empírica de que las democracias liberales no se comportan de manera imperialista unas con otras, ni siquiera cuando son perfectamente capaces de entrar en guerra contra Estados que no son democráticos y no comparten sus valores (ibíd., p. 22).

La inexistencia de alternativas sistémicas para la democracia liberal no significa la clausura definitiva de una era de conflictos. Algunos obstáculos aún comprometen la «marcha de la Historia Universal». Dos son los principales: el primero, presente en los países con dificultades para superar el atraso económico y que concentran la mayoría de la población mundial. En tales países, la experiencia del fracaso puede abrir espacio para el fortalecimiento de las fuerzas políticas que atribuyen a la dominación occidental la principal responsabilidad por la pérdida de soberanía económica y la identidad cultural, desencadenando movimientos de retorno a las raíces originales, de fuerte contenido antiliberal y antioccidental. Un buen ejemplo en este sentido es el fundamentalismo islámico. El segundo obstáculo se atribuye a las experiencias asiáticas económicamente exitosas, que combinan eficazmente la economía de mercado con un sistema político donde, a pesar de los aspectos comunes con el sistema norteamericano –principalmente en el caso japonés–, prevalece una concepción «autoritario-paternalista», para la cual la valoración de la libertad individual en detrimento del grupo, característica de la tradición occidental, aparece como perjudicial a la eficiencia económica y a la estabilidad política y social.

> Si los asiáticos llegaran a convencerse de que su éxito se debe más a sus culturas que a lo que importan de Occidente, si el crecimiento en Estados Unidos y Europa fuera menor que en el Extremo Oriente, si continuara en las sociedades occidentales la falencia de instituciones básicas como la familia y si ellos mismos trataran a Asia con desconfianza y hostilidad, entonces una alternativa sistemática

> no liberal y no democrática, que combine el realismo económico tecnocrático con el autoritarismo paternalista, puede ganar terreno en Extremo Oriente (ibíd., p. 296).

Si el horizonte del progreso y de la paz está indisolublemente asociado a la expansión del capitalismo democrático y liberal, ¿cómo lidiar con los accidentes que aparezcan en el camino? En el artículo de Samuel Huntington, «The Clash on Civilizations?», la preocupación central está en las implicaciones que tendría la nueva realidad mundial para la hegemonía de Occidente. Aunque considera que existen bases concretas que sustentan el optimismo, los nuevos desafíos exigen un creciente estado de alerta.

> Mi hipótesis es que la principal fuente de conflicto en este nuevo mundo no será fundamentalmente ideológica o económica. Las grandes divisiones entre la humanidad y las fuentes dominantes de conflicto serán culturales. Los Estados-nación continuarán siendo los actores más poderosos en las relaciones internacionales pero los conflictos principales en la política global sucederán entre naciones y grupos de diferentes culturas (p. 22).

Para la civilización occidental que incluye, para Huntington, las variantes europea y norteamericana, los desafíos a enfrentar responden a dos fuentes de conflicto. La primera se relaciona con el mantenimiento de la supremacía política y económica en el escenario internacional:

> Fuera de Japón, Occidente no enfrenta desafíos económicos. Domina las instituciones políticas y de seguridad internacionales y, con Japón, las instituciones económicas internacionales. Las cuestiones políticas y de seguridad global se resuelven, en la práctica, por un acuerdo entre Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, las cuestiones económicas mundiales por un acuerdo entre Estados Unidos, Alemania y Japón (p. 39).

Esta situación contribuye a la consolidación de una percepción en el mundo occidental según la cual

> Occidente está utilizando, en efecto, las instituciones internacionales, el poder militar y los recursos económicos para conducir el mundo por caminos que van a mantener el predominio occidental, proteger los intereses occidentales y promover los valores políticos y económicos occidentales (p. 40).

El efecto concreto de esta visión sería el fortalecimiento de las concepciones fundamentalistas, con implicaciones en la carrera armamentista con el objetivo de equilibrar el poderío bélico de Occidente. La segunda fuente de conflicto está relacionada con la preservación y el fortalecimiento de los valores que configuran la identidad de la civilización occidental.

> Los conceptos occidentales difieren fundamentalmente de los que prevalecen en otras civilizaciones. Las ideas occidentales de individualismo, liberalismo, constitucionalismo, derechos humanos, igualdad, libertad, imperio de la ley,

> democracia, libre mercado, separación de la iglesia y el Estado, por lo general, tienen poca resonancia en las culturas islámica, confucionista, japonesa, hindú, budista u ortodoxa (p. 40).

Para Huntington, los desafíos a la supremacía política y económica de Occidente y a los valores que caracterizan su identidad cultural definen una nueva situación internacional donde el conflicto entre «Occidente y el resto» asume el papel central. En las civilizaciones no occidentales, las posturas en relación a Occidente pueden asumir tres formas principales:

> En un extremo, los Estados no-occidentales como Burma y Corea del Norte, pueden tratar de seguir un camino de aislamiento, protegiendo a sus sociedades de la penetración de la «corrupción» de Occidente y, en la práctica, optar por no participar de la comunidad global dominada por Occidente. ... La segunda alternativa, el equivalente de la «adhesión» [***band-wagoning***] en la teoría de las relaciones internacionales, es tratar de vincularse a Occidente y aceptar sus valores e instituciones. La tercera alternativa es tratar de «contrabalancear» a Occidente a través del desarrollo de la economía y el poder militar, cooperando con otras sociedades no occidentales en oposición a Occidente, aunque preservando valores nativos e instituciones; en síntesis, modernizarse pero sin occidentalizarse (p. 41).

La primera postura es considerada prácticamente inviable como alternativa que permita resultados favorables en términos económicos y militares. Para Huntington, los mayores desafíos se originan de la tercera postura, pudiendo materializarse en una conexión confuciana-islámica, principalmente en función del desarrollo económico y del fortalecimiento del poderío militar de China, con posibilidades de sustentar una carrera armamentista en Asia y Medio Oriente. En relación a la postura ***band-wagoning***, América Latina y el Este europeo se presentan, en función de la proximidad cultural, como candidatos a una posible incorporación por parte de Occidente.

En el caso de América Latina, Huntington no define los aspectos que lo llevan a caracterizarla como civilización particular, aunque destaca el esfuerzo del gobierno de Carlos Salinas de Gortari para redefinir la identidad nacional, transformando a México de «país latinoamericano en país norteamericano». Este esfuerzo estaría consolidándose con la participación en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), uno de los ejemplos, para Huntington, de regionalismo económico asociado al fortalecimiento de la conciencia de civilización. «...el regionalismo económico sólo puede ser exitoso cuando tiene raíces en una civilización común. ... El éxito del Area de Libre Comercio de América del Norte depende de la actual convergencia de las culturas mexicana, canadiense y norteamericana» (p. 23).

El «choque de civilizaciones» sustituye el paradigma de la Guerra Fría. El conflicto entre las dos superpotencias en el escenario formado por el

Tercer Mundo cede lugar a la interacción entre civilizaciones en que «...los pueblos y los gobiernos de las civilizaciones no-occidentales ya no permanecen como objetos de la historia, como blancos del colonialismo, sino que se vinculan a Occidente como sujetos de la historia» (p. 23).

Para Huntington, una política internacional realista no puede dejar de considerar aspectos importantes como a) el fortalecimiento de los lazos entre las sociedades occidentales; b) la asimilación de las civilizaciones con mayor afinidad cultural; c) la asociación con países como Rusia o Japón, celosos de su protagonismo internacional sin que esto signifique necesariamente una tendencia al antagonismo en relación a Occidente; d) la contención del armamentismo «confuciano-islámico», manteniendo la superioridad militar de EEUU; e) la necesidad de conocer e identificar lo que une y diferencia la civilización occidental en relación a las demás. En conjunto, estos aspectos reflejan el cuestionamiento, por parte de Huntington, de la noción de que la derrota de la Unión Soviética elimina el último obstáculo del avance triunfal de la democracia liberal, del capitalismo de mercado y de los valores de la civilización occidental promovidos por la modernización, el desarrollo económico y la globalización de las comunicaciones. «La historia no ha terminado. El mundo no es uno. Las civilizaciones unen y dividen a la humanidad. Sólo se puede contener a las fuerzas generadoras del choque entre civilizaciones si se las reconoce» (1993 b, p. 194).

La explicitación de esta discrepancia en relación al enfoque de Fukuyama no oscurece las convergencias significativas que, en conjunto, consiguen sintetizar las principales preocupaciones del ***establishment*** conservador norteamericano en relación a los desafíos novedosos de la realidad de la post-Guerra Fría.

El fantasma del Tercer Mundo y América Latina

El artículo de Huntington es uno de los productos principales de un proyecto desarrollado en la Universidad de Harvard[1]. En el interior de este proyecto, que cuenta con la participación de especialistas de diferentes instituciones, existen autores que consideran que el principal desafío para la civilización occidental proviene de concepciones y prácticas asumidas por parte importante de las elites nacionales. Para Elliot Abrams, ex-secretario asistente del Departamento de Estado en el periodo presidencial de Ronald Reagan,

> ... esas elites son, fundamentalmente, una mezcla de políticos liberales de izquierda, miembros de los medios y de la Academia, con refuerzos de las iglesias liberales, líderes negros, el ***establishment*** judeo-americano y, (de forma intermitente) el poder judicial. En su larga marcha hacia la victoria para rehacer la

[1] «The Changing Security Environment and American National Interests», con sede en el John M. Olin Institute of Strategic Studies.

> cultura americana, su éxito ha sido grande. La proliferación sorprendente de los sistemas de cuotas en el empleo y la educación, el advenimiento del multiculturalismo y la terrible vulgarización de la vida social en sólo 30 años, demuestra lo que ellos han hecho (p. 24).

James Kurth, al tomar como referencia el artículo de Huntington, considera que el verdadero choque de civilizaciones «...es el choque entre las civilizaciones occidentales y una fuerte alianza compuesta por los movimientos multiculturalistas y feminista. En resumen, un choque entre civilizaciones occidentales y pos-occidentales» (p. 27). Para Kurth, el protagonismo del movimiento feminista como ideólogo y militante del multiculturalismo tiene un papel central:

> Proporciona las bases, habiendo alcanzado una presencia fortísima primero en la Academia y ahora en los medios y en la justicia. Patrocina algunas teorías, como el deconstruccionismo y el posmodernismo. Y proporciona la mayor parte de la energía, el liderazgo y la influencia política.

En el final del ensayo, sintetiza la naturaleza de su angustia: «... ¿quién, en los Estados Unidos del futuro, seguirá creyendo en la civilización occidental? Más concretamente, ¿quién creerá lo suficiente para luchar, matar y morir por ella en el choque de civilizaciones?».

En el plano más amplio del debate político e ideológico nacional, los defensores de las raíces occidentales de la identidad norteamericana alertan sobre los efectos de las posturas políticas que enfatizan la diferencia, basadas en la afirmación del pluralismo cultural de origen étnico, racial y sexual, que amenazan una tradición marcada por la capacidad de EEUU, país de inmigrantes, de asimilar otras culturas, fortaleciendo la tendencia hacia la desoccidentalización. En esta preocupación, el fantasma del Tercer Mundo se hace presente.

Para Irving Kristol, uno de los principales exponentes del autodenominado neoconservadurismo[2], el componente tercermundista del multiculturalismo forma parte de una estrategia política e ideológica antiamericana y antioccidental:

> No es una exageración decir que esos radicales de los ***campus*** (tanto profesores como estudiantes), habiendo desistido de la «lucha de clases», se cambian ahora hacia una agenda de conflicto étnico-racial. La agenda, en su dimensión educacional, tiene como propósito explícito inducir en las mentes y sensibilidades de una minoría de estudiantes la «conciencia tercermundista» –de acuerdo con la frase que ellos utilizan. ... Lo que esos radicales blandamente llaman multiculturalismo es más bien una «guerra contra Occidente» como antes lo fueron el nazismo y el stalinismo (p. 52).

[2] Kristol es el fundador de las revistas ***The Public Interest, The National Interest y Weekly Standard***; Michael Lind, editor ejecutivo de la revista ***The National Interest***, es uno de los participantes del proyecto coordinado por Huntington.

Para Kristol, el componente racial, asociado al movimiento negro, representa la principal fuerza política de este movimiento, y le da un perfil diferenciado en relación con la inmigración de origen latinoamericana, mucho más propensa a la asimilación:

> ...el multiculturalismo es una estrategia desesperada –y seguramente contraproducente– para perfilar las deficiencias educacionales y las patologías sociales a ellas asociadas de los jóvenes negros. ... No hay ninguna evidencia de que a la mayor parte de los padres hispanos les guste que sus hijos sepan más sobre Simón Bolívar que sobre George Washington (p. 50).

Aunque no se la considere como un agente hostil, América Latina aparece, en el fantasma del Tercer Mundo, como referencia explícita de lo que puede representar para el futuro de EEUU el camino de la decadencia.

Lawrence Harrison, que hace un punto de explicitar su filiación política al Partido Demócrata y su larga permanencia en América Latina como funcionario de la AID (Agencia Internacional para el Desarrollo), destaca los efectos de los cambios culturales en el desarrollo de las naciones comparando las trayectorias de España y EEUU en las últimas décadas:

> La cultura cambia, para bien o para mal. En el espacio de tres décadas, España se desvió de su sistema de valores tradicional, jerárquico y autoritario, que estaba en la raíz del subdesarrollo tanto de España como de Hispanoamérica y se ha sumergido en el ***mainstream*** progresista de Europa occidental. Mientras tanto, en las mismas tres décadas, Estados Unidos, como nación, ha experimentado una declinación económica y política, principalmente –creo– a causa de la erosión de los valores americanos tradicionales –trabajo, frugalidad, educación, excelencia, comunidad– que tanto han contribuido a nuestro éxito anterior (p. 1).

A diferencia de España, América Latina continúa arrastrada por la herencia cultural ibérica: «... los valores y las actitudes ibéricas tradicionales impiden el progreso hacia el pluralismo político, la justicia social y el dinamismo económico» (p. 2)[3].

[3] Si bien nuestra principal preocupación en este ensayo es la presentación de las percepciones y argumentos predominantes en sectores importantes de las elites intelectuales norteamericanas, no queremos dejar de registrar una cierta perplejidad en relación a la «omisión» del respaldo y estímulo de la política externa de EEUU a los regímenes militares de la región en el periodo de la Guerra Fría, que además de la imposición de una cultura política autoritaria, se caracterizaron por la profundización de las desigualdades sociales y, en la mayoría de los casos, por desastrozos desempeños económicos. Por ejemplo, cómo encuadrar, dentro de los «valores occidentales» el siguiente fragmento extraído de las memorias de Henry Kissinger cuando era asesor de Seguridad Nacional de Richard Nixon sobre la elección de Salvador Allende: «Allende representaba una ruptura en la larga historia democrática de Chile y sería presidente no como una auténtica expresión de la mayoría sino por una casualidad favorable del sistema político chileno» (p. 455-456); «Nixon le dijo a Helms (entonces director de la CIA) que quería un mayor esfuerzo para ver qué se podía hacer para evitar que Allende llegara al poder. Si hubiera una oportunidad en diez de librarnos de Allende, deberíamos probarla: si Helms precisaba de los millones, él los aprobaría. El programa de ayuda a

En la perspectiva de Harrison, el carácter retrógrado de la cultura latinoamericana no representa sólo el espejo que refleja la imagen de la decadencia que amenaza a EEUU sino uno de los factores responsables de la erosión de sus valores tradicionales:

> Los chinos, los japoneses y los coreanos que emigraron a Estados Unidos injertaron una dosis de ética del trabajo, excelencia y mérito en el momento en que esos valores se encontraban particularmente amenazados en el conjunto de la sociedad. En contraste, los mexicanos que migran a los Estados Unidos traen con ellos una cultura regresiva desconcertantemente persistente (pp. 2-3).

En las relaciones exteriores, la preocupación por América Latina está directamente relacionada con la percepción de inviabilidad potencial de la región que, a pesar de los esfuerzos para implantar la lógica del capitalismo liberal, continúa generando desconfianzas. Una especie de destino manifiesto. En el desarrollo más reciente de la noción de Estados-pivote, en las fronteras que separan el capitalismo avanzado del mundo «en desarrollo», América Latina comparece con dos representantes, Brasil y México. De acuerdo con Chase, Hill y Kennedy:

> El Estado-pivote es regionalmente tan importante que su colapso podría tener consecuencias nefastas en las áreas de frontera: inmigración, disturbios públicos, polución, enfermedad y más. Por otro lado, el constante progreso y estabilidad de un Estado-pivote, podría reforzar la vitalidad de la economía y la estabilidad política de su región y beneficiar el comercio y las inversiones norteamericanas. En el presente se puede considerar Estados-pivote a los siguientes: México y Brasil; Argelia, Egipto y Sudáfrica; Turquía; India y Paquistán; Indonesia. Las perspectivas de esos Estados varían bastante. El potencial de la India para el éxito, por ejemplo, es considerablemente mayor que el de Argelia; el potencial de Egipto para el caos es mayor que el de Brasil. Pero todos enfrentan un futuro precario y su éxito o fracaso influirá poderosamente en el futuro de las áreas circunvecinas y afectará los intereses norteamericanos (p. 37)[4].

Cultura y relaciones internacionales

Como campo de análisis, el estudio de los aspectos estratégicos que derivan de la afirmación de la identidad cultural, representa una perspectiva rica en variantes para la comprensión de la dinámica global de las relaciones internacionales en el contexto posterior al fin de la Guerra Fría. Actualmente, el capitalismo no enfrenta enemigos defensores de alternativas sistémicas capaces de amenazar la propiedad privada de los medios de producción. En el llamado Tercer Mundo, son posibles las amenazas autoritarias contra la democracia liberal, coyunturalmente, en función de situaciones de colapso económico o de conflicto militar. En las relaciones entre Estados, los choques de civilizaciones pueden tomar la

---

Chile sería interrumpido, su economía debía ser exprimida hasta que gritase» (pp. 457-458).

[4] Paul Kennedy, uno de los autores de este artículo, participa como miembro del Comité Asesor del proyecto coordinado por Huntington.

forma del desafío cuando se encaran desde la óptica de la competitividad económica y del poderío militar, con posibilidades de amenazar la cómoda supremacía occidental; en el interior de los espacios nacionales, cuando cuestionan valores que representan, para las elites dominantes parte esencial de su razón de ser. En este último aspecto, los análisis presentados en las secciones anteriores expresan el desconcierto de sectores de la intelectualidad de EEUU frente a las paradojas de una realidad que requiere nuevos abordajes y soluciones. En la búsqueda de respuestas, la lógica de la Guerra Fría reaparece como Guerra Cultural pero, esta vez, sin fronteras nacionales. La globalización es una vía de una sola mano, inclusive para EEUU. Algunas de estas nuevas realidades (o paradojas) merecen destacarse:

1) La expansión del capitalismo liberal y la confianza en una actualizada teoría de la modernización, en los efectos del progreso económico asociados a la difusión de la economía de mercado como desestructuradora de las amenazas a la supremacía occidental. Estas no representan una alternativa sino, básicamente, una postura negativa producida por el fracaso.

2) La reproducción del desarrollo desigual, que más allá de los desniveles entre países produce marginación social en el interior del capitalismo avanzado. ¿Cómo viabilizar políticamente el objetivo de asimilación del Tercer Mundo nacional que, en la lógica de la modernización, es el remedio que lima las aristas antagónicas de la diversidad cultural, en un contexto de ofensiva conservadora contra el ***Welfare State***?

3) Los nuevos sectores confluyentes en la estela de la globalización y del crecimiento del sector de servicios, generación marcada por la liberalización de las costumbres, por la ampliación de los derechos civiles y por la difusión de la lógica del mercado, acentuada y promovida en la era Reagan. Sujetos de un sistema en que la afirmación de la diferencia por parte de las distintas minorías también representa un floreciente mercado de consumo de bienes materiales y espirituales. Un «establishment liberal» transformado por el «establishment conservador» en amenaza a la sobrevivencia de los valores fundacionales de la civilización occidental. La lógica de la Guerra Fría aplicada a los sectores nacionales que son parte del poder económico y principal expresión internacional del ***American Way of Life*** promovido por la industria cultural del país.

No deja de asustar pensar en las repercusiones políticas de las respuestas de los conservadores a los desafíos que formulan:

¿Cómo lidiarían con los sectores que, pertenecientes o no a las elites, «insisten» en afirmar sus diferencias, «vulgarizando la vida social» con sus valores y actitudes, ante la posibilidad de que se vuelvan una

presencia mayoritaria, reivindicando la quiebra oficial del monopolio del ***mainstream*** occidental en la definición de la identidad nacional?

¿La democracia liberal sería capaz de convivir con esta dimensión del ejercicio de la libre iniciativa o sucumbiría frente a nuevas versiones del Estado de excepción, justificado como remedio temporario para la restauración del orden amenazado por el choque de civilizaciones?

Conociendo la historia del siglo XX, no podemos subestimar el poder de disciplinamiento de los fundamentalismos que apelan al «retorno a las raíces», anticipando guerras culturales contra las amenazas a los valores ancestrales, principalmente en contextos como el actual, donde el desempleo estructural acentúa los contrastes entre la realización y el fracaso, con la repercusión ampliada de su visibilidad en los medios de comunicación.

4) La diversidad de enfoques entre los sectores que piensan en el capitalismo liberal como un camino de experimentación o un avance y aprecian las oportunidades abiertas por la globalización, y los que expresan miedos atávicos alimentados por mentalidades refractarias a los cambios, no se observa en la percepción de América Latina: poco relevante como sujeto del «nuevo orden mundial», candidata a la asimilación por Occidente, aunque con prevenciones, por ser considerada todavía incapaz de cuidar de sí misma.

¿Por qué América Latina?

En las décadas de 1980 y 1990, el paisaje económico y político latinoamericano se reviste de características bastante peculiares. Por primera vez, en el periodo posterior a la Segunda Guerra, la adopción de estrategias orientadas por el mercado, en un contexto de democratización, pone de manifiesto un consenso entre las principales fuerzas políticas que tienen en las democracias capitalistas occidentales su modelo de inspiración. Mientras tanto, a pesar del poder evidente de una ideología que refleja parte importante de la realidad y de la indiscutible capacidad del mercado para promover el crecimiento económico y la prosperidad, la distribución de sus beneficios todavía queda en la región como tarea pendiente.

En términos de lucha política, podemos decir que la actual polarización entre derecha e izquierda expresa básicamente una idea bien diferente de lo que significa «pendiente». Para los promotores de la reforma de mercado, la liberalización política y económica es parte del proceso de desregulación de la vida social. Aunque se reconozcan costos, éstos no se caracterizan como deuda, la solución deberá venir de la capacidad del sector privado para generar y promover riqueza. Para quienes sostienen que la noción de democracia debe incorporar las dimensiones política,

económica y social, la distribución de los beneficios del crecimiento continuará pendiente si no se da la intervención organizada de los sectores marginados y si no existe el soporte del Estado. Por ahora, la construcción de una estrategia económica coherente con esta segunda noción de democracia, representa un desafío. Esta situación tiene repercusiones políticas importantes, contribuyendo a generar un «consenso de realismo» que en nombre de la ausencia de opciones abre un camino sin obstáculos para el avance avasallador del neoliberalismo.

La opción centrada en las reformas económicas, que orienta la actuación de la mayoría de los gobiernos de la región, presenta en Argentina una particularidad importante. Para la administración de Carlos Menem, las reformas no representan sólo una opción de política económica, forman parte de una concepción más amplia de inserción del país en el mundo de la post Guerra Fría, que se explicita en una política externa ***band-wagoning*** en relación a Occidente, bajo el liderazgo de EEUU. En las palabras del presidente argentino:

> La Argentina era un país alineado con lo que se llamaba Tercer Mundo.... Pero para mí no hay ninguna razón para que ese mundo exista. Decidimos alinearnos con el único mundo que existe. En este punto, todo el mundo sabe que en el contexto de las Naciones Unidas hay un país que es el líder y ese país es Estados Unidos.[5]

Mientras tanto, pese a los esfuerzos para diferenciarse del Tercer Mundo, la conquista de la credibilidad continúa siendo una tarea ardua. Bastó la crisis financiera de México para que en EEUU se levantara nuevamente el estado de alerta sobre Argentina, vista como parte indiferenciada de América Latina. Paul Krugman, una voz muy escuchada en el Ministerio de Economía argentino, caracterizó el momento como límite de la eficacia del Consenso de Washington:

> La cuestión no es que las recomendaciones que Williamson delineó están erradas sino que su eficacia –su capacidad para transformar la Argentina en Taiwán de la noche a la mañana– fue sobreestimada. En verdad, el liderazgo de cinco años del Consenso de Washington se puede considerar como derivación de una especie de globo especulativo (pp. 30-31).

Tantos esfuerzos para hacer méritos como mercado emergente y ante la primera contrariedad, la sentencia implacable sin otras palabras: un globo especulativo.

Independientemente de la voluntad de adherir a «Occidente», para la visión del Norte que se asume como tal, América Latina continúa única y solitaria. Unica en la peculiaridad de su cultura refractaria al progreso, donde los éxitos, cuando no son parte de la elite retrógrada, constituyen la

[5] Entrevista del ***New York Times,*** 8/6/91.

excepción que confirma la regla o el ejemplo de que es posible prosperar cuando se asimilan los valores de las «culturas avanzadas». Solitaria en el extremo sur de Occidente, separada por una frontera donde la construcción de barreras de contención (Estados-pivote), se ve como una de las tareas urgentes.

Como opción metodológica, la búsqueda de lo que es particular en América Latina no se agota en el preconcepto nortista. Como afirma Leopoldo Zea, volver a mirar puede tornar visible aquello que, por ser propio, es enriquecedor. Una postura abierta al mundo pero que no pierda la dimensión de localización del centro:

> Un pequeño género humano, peculiar, como todas las expresiones del hombre cualquiera sea su lugar geográfico e histórico. Peculiar aquí por ese mestizaje que le impide ser como otros pueblos. Es esto lo que le ha impedido ser una nueva España, una nueva Francia, una nueva Inglaterra o un nuevo Estados Unidos. ... Un peculiar género humano que no por no poseer como algo exclusivo la cultura y etnia de Europa o América, es inferior o superior a la una o la otra. Peculiar, pero como una peculiaridad que lejos de repeler lo que parece encontrado lo asimila, se lo apropia y enriquece con lo que no es, haciéndolo suyo una y otra vez (p. 75).

En EEUU, la preocupación por el fortalecimiento del espacio nacional como lugar de creación, producción, circulación y consumo de bienes y servicios, es una constante histórica. La proyección internacional del país, un aspecto considerado necesario. Los valores culturales, referencias del discurso ideológico, dan cuerpo y concretan los objetivos consensuales de las elites dominantes. Esta es una de las formas posibles de abordar la cuestión nacional.

América Latina también puede ser el centro donde nos enriquecemos y protegemos del mundo. Un centro plural que tenga como objetivo primordial la realización plena de sus ciudadanos. Obviamente, las formas políticas pueden ser diferentes, expresión de identidades e intereses de clase distintos pero con un referente permanente común: el fortalecimiento de los espacios nacionales. Sin pretensiones hegemónicas, preparando un siglo XXI donde lo que prevalezca no sea el conflicto sino el diálogo entre las civilizaciones.

La construcción del propio camino, sin sectarismos ni vocaciones autárquicas, aunque un desafío enorme, es una realidad que este autor considera viable. En este ensayo, la contribución que pretendemos es menos ambiciosa: presentar una mirada externa que estimule uno de los componentes importantes de la búsqueda de la identidad, el sentimiento de soledad.

Referencias

Abrams, Elliot: ***The National Prospect. Commentary, November***, Nueva York, 1995.

Chase, Robert, Emily Hill y Paul Kennedy: «Pivotal States and U.S. Strategy» en ***Foreign Affairs*** 75/1, Nueva York, 1996.

Fukuyama, Francis: ***O fim da História e o Ultimo Homem***, Ed. Rocco, Río de Janeiro, 1992.

Harrison, Lawrence: ***Who Prospers? How Cultural Values Shape Economic and Political Success***, Basic Books, Nueva York, 1992.

Huntington, Samuel: «The Clash on Civilizations? en ***Foreign Affairs*** 72/3, 1993a.

Huntington, Samuel: «If not Civilizations, What? (Response)» en ***Foreign Affairs*** 72/5, 1993b.

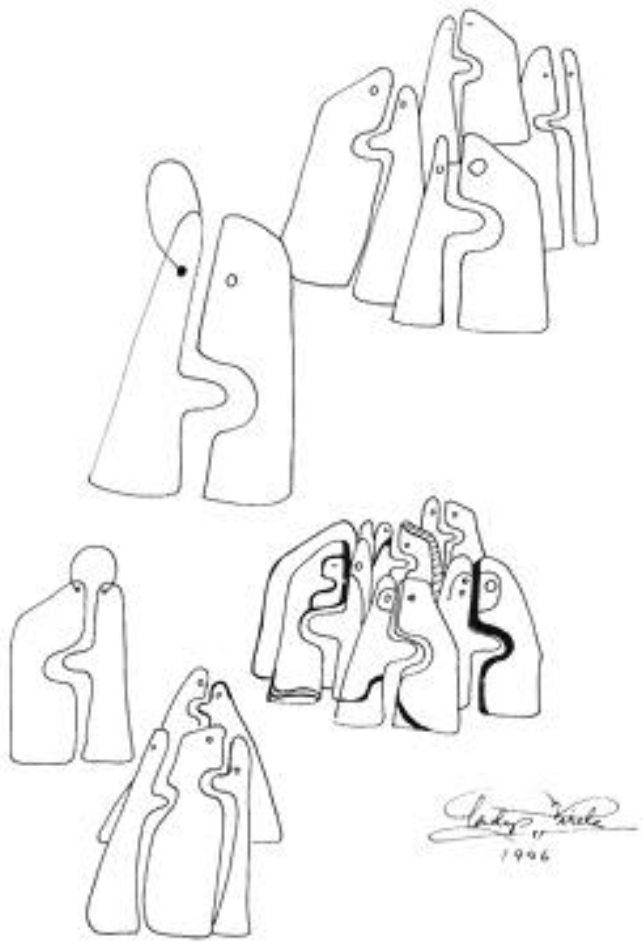
Kissinger, Henry: ***Mis memorias***, Ed. Atlántida, Buenos Aires, 1979.

Kristol, Irving: ***Neoconservatism. The Autobiography of an Idea***, The Free Press, Nueva York, 1995.

Krugman, Paul: «Dutch Tulips and Emerging Markets» en ***Foreign Affairs*** 74/4, 1995.

Kurth, James: «The Clash in Western Society» en ***Current***, 1/1995, Washington (publicado originalmente en ***The National Interest*** (invierno 1994) bajo el título «The Real Clash»,

Zea, Leopoldo: ***¿Por qué América Latina?***, UNAM, México, 1988.



La ilustración acompañó al presente artículo en la edición impresa de la revista